

Dos libros de Alejandro Ariceaga

Los libros, las horas que no acaban de transcurrir

Manuel Blanco

En el recuerdo a veces sólo quedan las imágenes, porque las palabras con frecuencia se atorán o se desgastan, se enlodan o se vuelven lugar común y todavía falta lo peor: se olvidan. ¿Cómo voy ahora a reconstruir entonces mi ya vieja aunque nunca desgastada amistad con Alejandro Ariceaga?

Mexiquense y toluqueño para dar las señas más precisas, Alejandro es un personaje que trasegó algunos de los años de su adolescencia en las lodosas, polvorientas y siempre inciertas calles de la ciudad de México. Ahí, en esas calles, en esas redacciones y en esas tabernas, fue que lo conocí. Aprendíamos entonces el latoso y complicado oficio de la escritura, al único modo entonces, y ahora mismo, a nuestro alcance: a palos de ciego, a golpes de infortunio, a jornadas llenas de fatiga donde la sed no cesaba y a veces se hacía el aparecido el fantasma del hambre con todo y cachucha.

Yo antes no lo había pensado, pero es muy probable que en esos andares más de uno se haya quedado a mucho menos de la mitad del camino. Bueno, así son las cosas. Y no es que fuéramos niños de la calle ni perseguidos políticos, sino que el periodismo siempre fue una ocupación pésimamente remunerada. Y de los que deciden ocuparse de asuntos como la poesía, el cuento o la novela, mejor no hablamos. ¿Cuántos escritores pueden decir que viven de sus regalías?

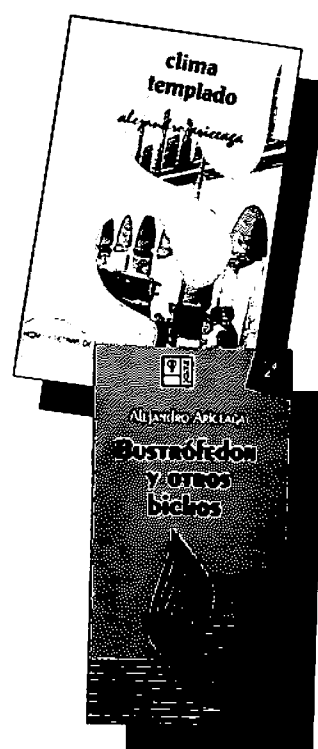
No sé si Alejandro piensa lo mismo, pero me parece que en ese tiempo ni siquiera éramos muy concientes de que en realidad estábamos aprendiendo el oficio. Agazapados en cualquier arbusto,

brincando de árbol en árbol, sobrevivíamos. Y nos quedaba tiempo para lloriquear y a veces sonreír, para inyectarle ánimos a la fiesta que nosotros habíamos vuelto permanente.

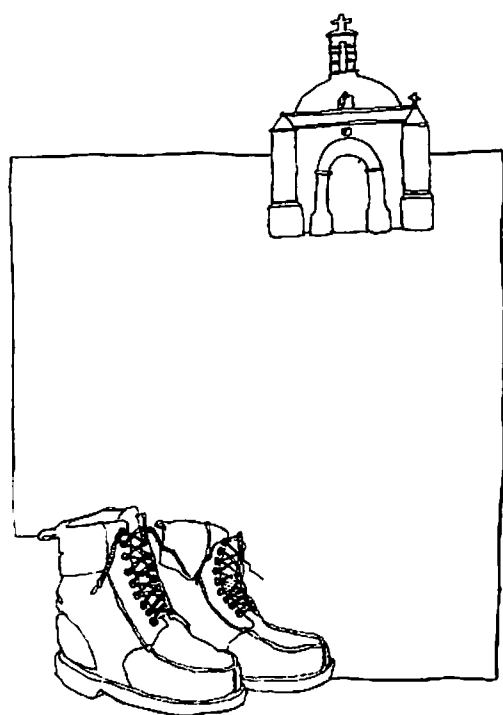
La circunstancia me había llevado a coordinar la sección cultural de *El Nacional* y luego, por un tiempo, a meter mi cuchara en la sección de espectáculos, a la que proveía de materiales de colaboración. En las dos partes estaba Ariceaga puntual. Menciono aquellas notas para espectáculos, porque Alejandro resultó casi de inmediato un estupendo cronista del género. Sus comentarios eran críticos, desenvueltos y corrosivos.

Pasó un tiempo y me ofrecieron chamba de redactor en el departamento de prensa de Bellas Artes. Allá fueron casi enseguida Humberto Musacchio y Jesús Luis Benítez, el *Booker*. Al rato Ariceaga se incorporó al equipo. No dejamos *El Nacional* y todavía nos quedaba tiempo para hacer todos los días la llamada Página de la Juventud en *El Universal*, que coordinaba Musacchio.

¿Cómo le hacíamos para que nos rindiera el tiempo? Estoy hablando de hace casi 25 años. Fue por ese mismo tiempo que Alejandro me llevó a Toluca y me presentó con Alvarado si mal no recuerdo, que trabajaba de director de *El Sol de Toluca*. Ahí empecé a colaborar y lo hice por cosa de dos años. Nos pagaban, recuerdo, 40 pesos por colaboración y yo publicaba tres veces por semana notas de libros de los que nos proveían el Fondo de Cultura y la Distribuidora de libros de la UNAM, que las utilizaban desde luego como materia publicitaria. De manera que iba a Toluca cada dos semanas, a cobrar y a recoger recortes de lo publica-



Manuel Blanco. Escritor y periodista. Colaborador del periódico *El Financiero*. Dirigió el *Suplemento Revista Mexicana de Cultura* de *El Nacional*.



do. A veces, Alejandro y yo comíamos opíparamente con aquel poco dinero, en un restorán que no sé si exista aún y se llamaba El Rey. Yo no lo sabía pero un día Alejandro me lo dijo, que ese establecimiento era el mejor de la ciudad. Bueno, pensé, algún lujo debía uno darse, aunque fuera de cuando en cuando.

Así transcurría más o menos nuestra vida, incluyendo los pequeños o grandes conflictos existenciales de cada uno. Para algunos ya había empezado a llegar la hora de la publicación de sus respectivos libros. Para José Agustín, para René Avilés Fabila y luego para Gerardo de la Torre. A mí sin embargo, esas cosas durante mucho tiempo me tuvieron sin cuidado.

En 1973 publiqué mi primer libro y todavía estoy seguro que fue por pura casualidad. Un día llegué a Bellas Artes, yo ya no trabajaba ahí pero tenía muchos amigos en ese sitio, y me encontré con Roberto Fernández Iglesias.

Roberto me pidió algún material para publicarlo y yo le di unas 60 ó 70 cuartillas, que eran tres capítulos y se volvieron cuatro, de una novela que andaba yo escribiendo. Así se publicó, en Ediciones de la Casa de la Cultura de Toluca, una noveleta que llevó desde entonces el título de *Viva mi desgracia*.

Quiero decir que desde los principios de los años 70, me he sentido ligado al grupo de escritores y periodistas culturales que fundaron el grupo *tunAstral* y que buena y malamente han hecho la vida literaria y artística central en la ciudad de Toluca.

Es en ese contexto, en esa atmósfera, que no me parece casual que Alejandro Ariceaga haya escrito una novela como *Clima templado*, cuya segunda edición muy justamente presentamos y celebramos. Alguien tenía que decir las cosas, alguien mirar la ciudad con sus calles y sus viejas construcciones, alguien ser testigo de ese crecimiento acelerado movido

por el industrialismo empresarial, por las compañías constructoras e inmobiliarias, de esa pérdida dolorosa precisamente por paulatina e inexorable de las antiguas costumbres, de los viejos modos de decir y hacer las cosas.

Quiero agregar que hace años, ya no sé cuantos, cuando se publicó la primera edición de *Clima templado*, yo comprendí mucho más profundamente por qué causa Alejandro un día, sencillamente, sin avisarle a nadie, había abandonado, en rigor para siempre, la vida en el Distrito Federal. Por qué finalmente se había reincorporado, en condiciones casi nunca fáciles, a la vida cultural de Toluca, que él conocía tan bien y de la que nunca había dejado de formar parte.

No voy a hablar de la novela, me parece, o así lo siento, que no son estas breves líneas para externar algunos juicios literarios y para arrojar al aire, como al descuido, alguno que otro elogio a los talentos literarios de Ariceaga, que para mí desde luego los tiene y sobrados. Confieso que siempre he admirado su prosa, especialmente cuando escribe como con aire de descuido, como si lo que está diciendo fuera lo más natural. Esa frescura y ese desenfado, lo sé, es algo de lo que en literatura cuesta más trabajo.

Si alguien quiere comprobarlo, no tiene más que leerse, en una sola sentada, otro libro de Ariceaga los relatos breves de *Bustrófedon y otros bichos*, que constituyen un rico muestrario de esa clase de literatura de lo que uno ya no quisiera desprenderse jamás. Anécdotas, vivencias, visiones de lo cotidiano peleadas a muerte con la fantasía y ambas ahí reunidas. A lo largo de los años me he preguntado muchas veces cuánta ternura es capaz de contener en su persona Alejandro, cómo es su mundo interior, cuáles son esas cosas pequeñas por las que supongo piensa que vale la pena vivir.

Y aquí está la respuesta. Una pequeña parte de ella al menos. Pues ya se sabe desde hace mucho, que la realidad suele ser mucho más fantástica que cualquier literatura.Δ

Texto leído por su autor durante la presentación de los libros *Clima templado* y *Bustrófedon y otros bichos* en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada del Distrito Federal, dentro del ciclo "tunAstral: una escritura sin margen".